



XVII

POCAS horas después, entró Gilberto en el aposento de Esteban, quien alarmado de su palidez y de la turbación de su voz, le preguntó con ansiedad por el estado de su salud.

—Os aseguro que me encuentro perfectamente bien— le contestó Gilberto, dominando su emoción.

—¿Me habéis traído flores?

—No, no he tenido tiempo para ir á cogerlas.

—¿Es decir que no habéis tenido tiempo de pensar en mí?

—¡Oh! ¡perdonad! puedo pensar en vos, trabajando, leyendo el griego y hasta durmiendo. Sin ir más lejos, la pasada noche, os he soñado. Me llamabais pedante y me tirabais vuestra gorrita á la cara.

—¡Vaya un sueño extravagante!

—Permitidme... Me parece que un día...

—Sí, un día, antaño, hace de ello dos siglos.

—¿Tanto tiempo hace que nos conocemos?

—Tal vez no hace dos siglos, pero poco le falta. Yo he vivido ya tres veces. Mi primera vida, la pasé al lado de mi madre. La segunda... ¡no hay que hablar! La tercera empezó la noche en que, por primera vez, saltasteis por esa ventana. De esto hace ya mucho tiempo, á juzgar por cuanto ha pasado desde entonces en mi alma, en mi imaginación, en mi espíritu. ¿Será posible que esos dos siglos no hayan durado más que dos meses? Y ¿cómo puede ser que en tan corto tiempo se hayan operado en mí cambios tan grandes? porque estos son tales, que me cuesta gran trabajo conocerme.

—Uno de esos cambios, del que estoy orgulloso, es que ya no me tiráis vuestra gorra á la cara.

—Esa es una libertad que sólo me permitía con el pedante.

—¿Por fin, os habéis reconciliado con él?

—He descubierto que el pedante no existe. En vos veo un héroe y un filósofo.

—Ved ahí un descubrimiento que no esperaba de vos y que me admira tanto como me halaga.

—¡Cuando os digo que he cambiado en todo y por todo y que ya no me conozco!

—Y yo, á despecho de vuestras transformaciones, os reconozco perfectamente. Mi querido Esteban ha conservado su inclinación á exagerar todas sus impresiones. Antes era yo un hombre digno de ser estrangulado; hoy me he convertido en un sér extraordinario que pasa su vida concibiendo proyectos heroicos. No hay tal, querido poe-

ta; ni un malvado, ni un paladín, y lo mejor que puedo decir de mí, es que no soy un necio, que no me falta corazón, y que corro por los terrados con admirable agilidad. ¡Oh! sobre este último punto, me hago justicia, y estoy pronto á sostener ante todos y contra todos que no hay quien me iguale en brincar sobre las vigas; pero aún hay más, y para agotar el capítulo de mis perfecciones, bueno será añadir que tengo los ojos de color de yerbamura, que ato maravillosamente el nudo de mi corbata y que sé distinguir perfectamente una labiada de una amari-posada.

—¡Callad!—exclamó Esteban con su impetuosidad de otros tiempos—¡callad!... ¡Os prohibo que habléis en ese tono de mi santo patrón, de mi ángel guardián, del incomparable amigo que me ha salvado de la desesperación, de la locura y de la muerte!

Luégo, calmándose:

—No, no exagero; digo las cosas como son en sí; y la prueba de que sois un hombre extraordinario, es que todo cuanto hacéis os parece muy sencillo y muy natural.

Y al ver que Gilberto se encogía de hombros sonriendo:

—¿Qué significa eso?—prosiguió.—Tomadme el pulso y os convenceréis de que no tengo calentura... ¿No habéis observado cuán tranquilo estoy de algunos días acá?

—Confieso que vuestra calma me sorprende; pero ¿es calma en realidad? Temo que no habéis hecho más que tapar el brasero y que el fuego está oculto entre las cenizas.

—Y vos removéis esas cenizas para que broten chispas. Sea como queráis, pero os prevengo que no conseguiréis vuestro objeto y que me mantendré impasible ante todas vuestras provocaciones.

—Así, pues, desde hace una semana, ¿sentís realmente tranquilos vuestro corazón y vuestro espíritu?

—Sí; he conseguido mi objeto. Había en mí un gran fautor de sediciones, un gran urdidor de complots. Eso

causaba mi orgullo. ¡Pues bien! ya sabéis... la linda escena que representé ante vos hace diez días... mi precioso discurso sobre el beleño... era un arranque de desesperación de mi orgullo que hacía de las suyas hasta el extremo de que, sintiéndose herido mortalmente, quería vender cara su vida.

—Todo esto es muy misterioso para mí.

—Sí, encierra un gran misterio que estió de revelaros.

—Hablad, os escucharé con religiosa atención—dijo Gilberto, que apenas podía respirar.

Esteban ocultó el rostro entre las manos y luégo después de un prolongado silencio:

—No—dijo—no tengo todavía valor suficiente para hablar. Por lo tanto, antes de hacer una revelación que tacharéis tal vez de extravagante, quiero probaros mejor que soy muy sesudo y que me he vuelto sabio con vuestras lecciones. Sabed, pues, que antes de conoceros, la religión no era á mis ojos sino una magia grosera, en la cual creía con apasionada sinrazón. Consideraba la oración como un sortilegio al que atribuía el poder de forzar las voluntades divinas; cada día intimaba al cielo para que obrase un milagro en mi favor, y viéndome desdeñado, mis desalentadas súplicas volvían á caer como plomo sobre mi corazón. Entonces, me rebelaba contra las celestes inteligencias, que rehusaban rendirse á mis encantamientos, ó bien buscaba angustioso á qué vicio de forma, á qué olvido ó descuido, á qué pecado de omisión debía atribuir el ningún resultado de mis operaciones mágicas y de mis fórmulas... ¡Ah! San Jorge, San Sergio! si pudiérais hablar ¡qué buenas cosas le contaríais! Le contaríais las extrañas preguntas con que os abrumaba, los absurdos prodigios que esperaba de vuestras espadas, las obsesiones con que fatigaba vuestra paciencia, y de vez en cuando mis genuflexiones, mis sollozos, los torrentes de lágrimas que derramaba á vuestros piés, los golpes que daba con mi cabeza contra las paredes ó ba-

riando el suelo con mi cabello, y de repente mis rebeliones, rayos de furor brotando de mis ojos, gritos de rabia y arrebatos, injurias, mis delirantes manos amenazando al cielo, y mis piés pisoteando vuestras auréolas de oro con insensato pataleo... ¡Ah! amigo mío, no quisiera jurar que me he vuelto absolutamente incapaz de semejantes bromas; lo que sí sé bien es, que una noche... aquella noche, Gilberto, vuestra elocuencia tan tranquila y apasionada á la vez, había tomado un vuelo sublime, y á propósito de una pobre manzanilla de frente pálida, procurasteis revelarme alguna de las grandes leyes de la naturaleza. Os escuché distraído, pero después de vuestra partida, como á menudo me acontece, todo cuanto me habíais dicho se representó con viveza en mi imaginación, y olvidando mi pasado y mi presente, olvidando hasta mi existencia, me lancé lejos de este castillo, volé por el espacio hasta esa azulada estrella que veo centellear en el horizonte desde mi ventana; y desde lo alto de ese mirador aéreo me puse á conversar con esa razón suprema que se manifiesta igualmente en las florecillas de los bosques y en los esplendores de la noche. Entonces sintiendo penetrar de pronto en mi sér un secreto bienestar, me pregunté: lo que experimento actualmente ¿será acaso la religión? Y me contesté: ¡Sí, la religión consiste en sentirse bien en el seno de la verdad!... Ah, Gilberto, lo que he sentido en ese día, tal vez no lo vuelva á sentir en mucho tiempo; pero ¿no basta que una vez en mi vida haya saboreado tan santas delicias para que no me volváis á tratar como á un niño desatinado que da vergüenza tomar por lo serio!

Gilberto le contestó con un apretón de manos. «¡Ay de mí!—se decía—cuando me revele su secreto, ya no tendré derecho á decirle que está loco.»

—Lo que me presta valor para continuar—prosiguió Esteban—es que os habéis vuelto más tratable. Antes, después de haber rezado, me sentaba allí, en aquella baldosa, debajo de la lamparilla, y cerrando los ojos, me abandonaba

durante largas horas á locos ensueños. Conseguía representarme con tal exactitud las quimeras en que se mecía mi espíritu, que venían á constituir verdaderas visiones. Veía abrirse el cielo y al Padre Eterno celebrando consejo en su palacio. «Espíritus celestes—decía pasando la mano por su blanca barba—¡ya es hora de prestar auxilio á ese niño!» y en seguida daba orden á sus mensajeros y á sus servidores. San Jorge vestía su brillante armadura, descendía á través de los aires con el estampido del trueno; con un golpe de su formidable espada, hendía las paredes de este castillo; los muros se derrumbaban; sentíame arrebatado al espacio, unos ángeles me llevaban sobre sus alas de fuego y me depositaban en una isla floreciente donde me esperaban mi madre y la felicidad. Á veces, me contentaba con saborear los ásperos placeres de la venganza. Por mandato de Dios penetraban aquí los diablos, armados con sus candentes horquillas, cogían á Iván por el cuello, le colocaban sobre la rueda, ó las parrillas... ¡Vanias y espeluznantes fantasías que sólo servían para irritar mis penas y aumentar mis terrores! Pues bien, Gilberto mío, la otra noche, me hablabais de un gozo que no debe nada á la fortuna y sobre el cual no tiene ningún poder, gozo divino que el hombre puede saborear hasta en el seno de la desgracia y que encanta sus más sombríos padecimientos... Apenas me dejasteis, fui á sentarme al pié de los santos, y después de haberles recitado mis oraciones, me entregué á la meditación; pero esta vez no me representé al Padre Eterno olvidando al Universo para ocuparse solamente de mi suerte, no ví más á los diablos dando tortura á mi carcelero... El que se ofreció á mis miradas fué Jesucristo... Cubierto con un manto negro, estaba en pié en medio del cielo, y los soles se agrupaban á porfía en torno suyo para ver mejor su rostro, como los niños curiosos forman calle para ver pasar un rey. La tierra silenciosa también le contemplaba, el océano estremeciéndose sacudía su espumosa cabellera, las palmeras se balanceaban

blandamente, y águilas gigantescas, con las alas tendidas, revoloteaban lentamente trazando en la vaguedad del espacio un largo surco de fuego. Entonces, apartó los pliegues de su manto y puso de manifiesto un ancha herida de la cual manaba sangre roja, y Él, mirando correr aquella sangre, dejó asomar á sus labios una sonrisa tan dulce, que parecía una nueva aurora surgiendo sobre el universo. No obstante, la sangre continuaba manando, y los astros, el océano, las palmeras del desierto, las águilas del cielo clamaron despavoridas: «¿Quién sois, Señor?» Entonces una voz suave, como el lejano suspiro de un órgano, les contestó: «¡Soy el gozo en la pasión!»

Al llegar á este punto de su relato, los ojos de Esteban brillaron y mirando fijamente á Gilberto:

—Y ahora ¿no soy más que un espíritu quimérico, un niño medio loco, un cerebro enfermo que se alimenta de vaciedades, un incorregible casquivano?... No, convenid en que he aprovechado vuestras lecciones, que ha penetrado algún grano de sabiduría en mi cabeza, y que sin haber visto el fondo de las cosas, á lo menos tengo algunos intervalos lúcidos... Si es así, Gilberto mío, cree, como si fuese el Evangelio, lo que te voy á decir: Has trabajado con todas tus fuerzas para curar mi alma y no hay, en el mundo, un médico más hábil que tú. No obstante, hubieras trabajado en vano, si no hubieras tenido á tu lado un aliado que todo lo puede, á quien no conoces, y que te voy á revelar... ¡Ah! dime, cuando por primera vez penetraste en este aposento, ¿no sentiste que se deslizaba en pos de ti un espíritu celeste? Tú partiste; pero él se quedó, no se ha separado de mí, ni se separará jamás... Mira, ¿no te hablan de él esas paredes? No ves á esos santos mover los labios para decirte su nombre? Y el aire que se respira aquí ¿no está embalsamado con esos perfumes deliciosos que esparcen á su paso los enviados del cielo? ¡Qué extraño me parecía al principio ese genio! ¡Érame desconocida su fisonomía, nunca sus rasgos se me

habían aparecido en sueños! Inquieto, confundido, le decía: ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? Y un día, Gilberto, un día, por tu boca me contestó... Gilberto, Gilberto, ¡oh! ¡qué extraño compañero me habíais dado en su persona! Á veces se sentaba á mi lado, pálido, lúgubre, enlutado y su soplo infundía en mi corazón envenenadas tristezas cuya amargura nunca sospeché. Y sintiéndome acometido por inexplicable deseo de morir: Te conozco, le decía, debes ser el hermano de la muerte... Pero transformándose, de repente, se me aparecía con el cetro de la Locura en la mano cuyos cascabeles agitaba, y me cantaba canciones que llenaban mis oídos de zumbidos febriles. La cabeza se me desvanecía, nubes de humo pasaban ante mis ojos, mis vacilantes miradas embriagábanse de visiones, y me parecía á mí, pobre niño amamantado con hiel y lágrimas, que la vida era una fiesta eterna, que el cielo contemplaba sonriendo. Entonces le decía yo al genio: Ahora os conozco mejor, sois el hermano de la locura... Pero se transformaba de nuevo, y de repente veíale erguirse ante mí envuelto en largas y blancas alas, como un serafín; grave y dulce á la vez, aparecía en sus miradas una luz divina, y la serenidad que brillaba en su frente anunciaba un habitante del cielo... En aquellos momentos, Gilberto miró, su voz era más penetrante y persuasiva que la tuya; repetíame tus palabras y me daba fuerzas para creer en ellas, grababa tus lecciones en mi espíritu, insinuaba tu sabiduría en mi locura, tu alma en mi alma; y sábelo bien; si el lirio ha bebido el jugo de la tierra, si el lirio ha crecido, si el lirio debe florecer algún día, no has de agradecerlo al impotente sol que me has traído en tu pecho, sino á él, al espíritu celeste, á él que encendió en mi corazón una llama santa, con la cual plegue á Dios que abraza también la tuya!

Y levantándose al terminar:

—¿No te he dicho bastante?—exclamó con entrecortado acento—¿Me has comprendido al fin?

—No—contestó resueltamente Gilberto—¡á ese espíritu celeste, no le conozco!

Esteban se retorció los brazos.

—Cruel, ¿con que no quieres adivinar nada?—murmuró con aire extraviado.

Y acercándose á la ventana, permaneció de codos en ella algunos instantes. Cuando se volvió hacia Gilberto, tenía los ojos bañados en lágrimas; pero, por uno de esos cambios visibles que le eran familiares, brillaba la sonrisa en los labios.

—Lo que no me atrevo á decir, lo he escrito poco há—repuso.

Y sacando una carta de su seno:

—Último recurso que me he reservado. Esperaba que me evitaríais valirme de él. ¡Corazón endurecido! ¡á cuántas humillaciones sujetas mi arrogancia!...

Y le entregó la carta; pero recapacitando, dijo:

—Quiero añadirle algunas palabras.

Corrió á sentarse á la mesa, y como se le cayera al suelo la pluma que no pudo encontrar, afiló apresuradamente un lápiz con un agudo puñal que sacó del fondo de un cajón.

—¡Qué singular cuchillo tenéis ahí!—le dijo Gilberto acercándose.

—Es un estilete ruso de la fábrica de Toula. Pertenece á Iván, que me le prestó anteayer para desarraigar una planta, y se ha olvidado de recogerlo.

—Os agradeceré en el alma que se lo devolváis,—contestó Gilberto;—no me gusta ver en vuestras manos semejante juguete.

Esteban hizo un ademán de asentimiento y se inclinó sobre el papel. La carta que había escrito algunas horas antes estaba concebida en estos términos:

«Gilberto mío, oye una historia. Tenía yo once años cuando murió mi hermano Esteban. Apenas lo enterraron, mi padre me hizo comparecer á su presencia. Tenía en sus

manos unas vestiduras iguales á las que llevo actualmente y me dijo: Esteban, óyeme con atención. Quien acaba de morir es mi hija; mi hijo vive todavía.» Obstinándome yo en no comprenderle, hizo traer un ataúd, lo colocó encima de una mesa, me acostó allí dentro y cerrándolo poco á poco, me dijo: «Hija mía ¿estás muerta?» Cuando el ataúd estuvo completamente cerrado, me decidí á hablar y grité: «Padre mío, vuestra hija ha muerto. ¡Cúmplase vuestra voluntad!...» Entonces, me sacó del ataúd, loca de horror y espanto, y gritó: «Esteban, acordaos de que mi hija ha muerto. Si os aconteciera olvidarlo alguna vez...» No dijo más, pero sus miradas completaron su discurso... Gilberto, la hija de mi padre resucita en este momento para decirte que te ama con un amor invencible que no puede ocultarte por más tiempo. En mi sencillez, creí al principio que os amaba como me amabais vos; pero vos mismo os habéis encargado de desengañarme. Un día me hablasteis de nuestra próxima separación y me dijisteis: «Nos volveremos á ver algunas veces,» y no oísteis el grito de mi corazón que respondía: ¡Pasar un día sin verte, qué martirio! Cuando reconocí que vuestra amistad era hija de la abnegación, una virtud, una sabiduría, y que la mía era una locura, entonces la hija de mi padre pensó morir, tan duros eran los tormentos que le infligió su rebelado orgullo. ¡Ah! ¡qué no hubiera yo dado, Gilberto mío, para que, adivinando quién soy, hubieses caído á mis piés gritando: Yo también sé amar con locura!... Pero nada, no comprendiste, no sospechaste. Mis cabellos, la semejanza con mi madre impresa en mi rostro, esa sonrisa que aseguran pasó de sus labios á los míos... ¡Eres el hombre más ciego que existe! ¡Te aborrecía por momentos!... No te parece, en verdad, que hay una fatalidad que me persigue? Hoy ya no siento clavarse en mis carnes las uñas de aquella mano, que pesando sobre mis hombros me obligó á prosternarme ante ti, y sin embargo mis rodillas vacilan, se debilitan, se doblan y de nuevo me ves arrodillada á tus

piés... ¡Oh! ¡sí! mi pobre orgullo ha muerto por completo. Retumbaba el trueno cuando lanzó su último suspiro. Creo que recordarás aquella tempestuosa noche... Pegada á los vidrios, devoraba con la vista las tinieblas para descubrir tu persona en el seno de la tormenta... De pronto se inflama el cielo, y te diviso en pié en el borde de tu ventana, inclinándote valerosamente hacia el abismo como si le dirigieses un reto. Envuelto en centelleante claridad, te me apareciste como un espíritu bienaventurado; y exclamé: ¡Ese es uno de los elegidos de Dios! puedo pedirle gracia y perdón sin avergonzarme!... Y ahora, Gilberto mío, no se te ocurra decir que mi amor es una enfermedad y que cuidándola bien... ¡Dios poderoso! todo ello fuera en vano, los santos mismos se han negado á curarme! No pretendas asustarme, no me hables de obstáculos insuperables, de la imposibilidad de nuestra unión, de los peligros que nos amenazan... ¡El porvenir! ya hablaremos de él, más adelante; ahora, no quiero saber más que una cosa, y es, si eres capaz de amarme como te amo yo... Querido amigo, si el odio puede cambiarse en amor, ¿será imposible eso á la amistad? ¡Gilberto! ¡Gilberto! olvidad lo que ha hecho de mí la barbarie de un padre; olvidad mis arrebatos, mis violencias, mis travesuras de niño mal educado; olvidad la vehemencia de mi lenguaje, la dureza de mis gestos; olvidad la fuente, y mi látigo alzado contra vos; olvidad á los aldeanitos á quienes obligué á besar mis piés; olvidad hasta esa gorrilla que os tiré á la cara, porque, ¡séame testigo el cielo! siento despertar en mi seno un corazón de mujer que saliendo de un largo sueño, se mueve, suspira, habla, y el primer nombre que pronuncia, el único que quiere saber para siempre, es el tuyo!...

»¿Qué más te diré? Quiero aparecerte en tus sueños engalanada como para una fiesta, vestida de blanco, con la sonrisa en los labios, con el cuello rodeado de perlas, coronada mi cabeza con las flores que prefieres, anémonas blancas, gencianas azules... Eso sí, no olvides que en mi

corona se han deslizado algunas flores de beleño. Arráncalas tú mismo de mis cabellos, no sea que sus perfumes derramen en mi corazón veneno mortal!... Pero no, no quiero asustarte. Estefanía es cuerda, razonable, no pretende imposibles, te concede tiempo para respirar, para que recapacites. Permanece, si quieres, una semana, quince días, un mes, ¡Dios mío! sin acudir á mi presencia hasta que amanezca el día venturoso en que puedas exclamar con tu adorado poeta: « Á su vez, la amistad reveló su poder á mi corazón, por fin; el amor, llegando el postrero, la coronó de flores y frutos.»

Á esta carta añadió Esteban las siguientes palabras:

«¡Y si ese día, Gilberto, si ese día no llegase nunca!...»

Aquí vaciló; le temblaba la mano; miró alternativamente á Gilberto y al puñal, y luégo, levantándose:

—No sé cómo terminar la carta—dijo.—Supliréis fácilmente lo que falta. Guardáos de leerla aquí; lleváosla á vuestro torreón, allí meditaréis sobre su contenido con toda libertad...

Y dicho esto le entregó el papel y soltó una carcajada convulsiva.

—¡Siempre esa risa que detesto!—dijo Gilberto, esforzándose en ocultar la angustia que le devoraba.

—¿Queréis saber lo que significa?—le dijo la joven mirándole de frente.—Cuando, hace tres años, pasamos por Baden-Baden, el padre Alejo tuvo la ocurrencia de llevarme á la casa de juego, y al entrar oí una carcajada que debía parecerse mucho á las que tanto os chocan.... ¿Quién se permite reír así? pregunté al buen padre. Fué á informarse y me contó que el que de aquella suerte reía era un hombre que acababa de ganar sumas inmensas, y que se disponía á envidar el resto... ¡Envidar el resto! añadió ella ¡y si perdiese!

De pronto, dilatadas las pupilas, centelleante la mirada, echó la cabeza hacia atrás, y tendiendo los brazos hacia Gilberto, exclamó:

—Sabes quién soy, y tu corazón me ha condenado. ¡Ah! Piénsalo más de una vez; mi vida está en tus manos.

Y después de haber retrocedido algunos pasos, volvió bruscamente las espaldas, alejóse á través del aposento, abrió presurosa una puertecita lateral y desapareció.

¿Cómo se arregló Gilberto para volver á su aposento?... Todo lo que puede decir él mismo, es que al salir de la claraboya, fuera de sí, olvidando toda idea de peligro, cometió por vez primera la insigne torpeza de cruzar de pié el tejado que ordinariamente y no sin trabajo atravesaba sentado. Sin ver, sin oír nada, absorto por completo en un solo pensamiento, se lanzó á la carrera. Por su modo de andar y su apostura, la luna, que brillaba en el cielo, debió tomarle por un loco ó por un sonámbulo. Llegaba á la extremidad del tejado, cuando se deslizó de debajo de sus piés una pizarra; cayó pesadamente y era hombre muerto si, al caer, su mano no hubiese tropezado por milagro con el extremo de su flotante escala de la que se asió fuertemente. Las pizarras son quebradizas, y cuando chocan contra un cuerpo duro, se hacen añicos. La que Gilberto acababa de precipitar en el espacio encontró el pico de una roca que la quebró en mil pedazos, uno de los cuales dió en la mano, sin herirle, á un hombre que por casualidad cruzaba á la sazón el barranco.

Quiso el destino que aquella noche M. Leminof tuviera precisión de remitir una carta al correo, y á eso de las nueve, contra todos los usos y costumbres de la casa, había enviado á Fritz á un pueblo inmediato, distante una legua, por donde pasaba la silla de posta. Desgraciadamente, á su regreso, Fritz vió brillar una luz en la choza de su dulcinea. Tentado por el apetito, la ocasión, quizás por el diablo, se desvía del camino, toma la dirección de la cabaña, abre la puerta, que sólo estaba cerrada con pestillo, entra á paso de lobo, y sorprende á su bella sentada en un taburete recosiendo la ropa blanca. Se sienta á su lado, la requiebra, y pretende propasarse. La don-

cellita, traviesa y avispada, en vez de despertar á su padre que dormía en la habitación inmediata, se precipita hacia la puerta, se lanza fuera, y se dirige corriendo al accidentado sendero que conducía á lo alto del barranco. Cien veces más ágil que Fritz, le toma la delantera, se detiene, le llama, y en el momento en que el mocetón piensa cogerla, se escapa y corre á más y mejor. Continúa este juego hasta que sintiéndose cansada, se eclipsa detrás de un matorral, y conteniendo la risa, ve pasar por delante de ella al enamorado gigante, que continúa subiendo, resbalando continuamente y temiendo á cada momento caer en el precipicio. Por fin, á fuerza de encaramarse, consigue llegar al sitio en que desaparece el sendero, á dos pasos de la cornisa, que mide cuarenta piés de altura. ¡Imposible que su caprichosa princesa haya escalado aquella muralla! De pronto, oye una voz argentina que le llama desde abajo. En su despecho, se da un fuerte puñetazo en la frente, pero en el momento en que se dispone á bajar, hiere su oído un ruido singular y un casco de pizarra le roza la mano, arrancándole un grito de sorpresa. Alza presuroso la cabeza, y á favor de la claridad de la luna divisa á la derecha una sombra suspendida en el aire. La ve subir, detenerse en el alféizar de una ventana, inclinarse y desaparecer en seguida.

—¡Oh! ¡Oh!—exclama admirado—¿Esas tenemos? ¿El señor secretario, rondando, de noche, por los tejados? ¿Y al efecto se ha proporcionado escalas de cuerda? Mucho me engaño; ó á su excelencia, el señor conde, le ha de agradar muy poco la invención. ¡Diablo! ¡buenos piés y buena vista tiene el mozo! Para arriesgar así el pellejo, no ha de ser floja la ganancia!... ¡Cáspita! ¡Fíad ahora en esos mojigatos!

Tan estupefacto estaba de su descubrimiento el bueno de Fritz, que se sentó un instante sobre una peña para conferenciar consigo mismo. La preciosa idea que germinó en su cerebro fué que el secretario pertenecía á la ilustre

cofradía de los ambidextros y que sus excursiones nocturnas tenían por objeto la busca de un tesoro oculto. Enorgullecido de su sagacidad y encantado de la ocasión que se le ofrecía para satisfacer sus resentimientos, descendió por el sendero no sin trabajo, y sordo á la voz y á las risotadas de la cabrera, que le provocaba á nuevos retozos, emprendió de nuevo la marcha dirigiéndose apresuradamente al castillo.

—¡Muy bien! ¡señor secretario!—decía el muy tuno, con maligna sonrisa.—Me precipitasteis por la escalera y pensabais hacerme poner de patitas en la calle. ¿Qué diréis si yo os hago ahora salir de esta casa por la ventana?

